



MEDITACIÓN II

LOS EXCLUÍDOS

No quisiera, después de todo, parecerme al famoso parásito que tanto tiempo alimentó mi antiguo camarada Andrés de Mareuil y a quien daba por nombre Legrimaudet. Al regresar de un viaje, Andrés le preguntó un día:

—Vamos, señor Legrimaudet, ¿su salud ha sido buena durante mi ausencia?

—No ha sido muy mala, señor—respondió el parásito—, pues no he tenido más que una pequeña erupción, como todo el mundo.

Y supimos después por el doctor Noiroi, que cuidaba gratis a aquel desgraciado, que aquella pequeña erupción había sido... ¡la sarna! Cada vez que leo en un artículo o un libro algunas de esas generalizaciones de que tanto gustan los escritores modernos, tomando su lepra sentimental por una gran enfermedad humana y su experiencia de boulevard o de cervecería por una seria y larga observación, recuerdo el «todo el mundo» del difunto Legrimaudet. ¿No sería también ahora oportuno aplicar este recuerdo?

Ese amor cruel, mezclado con tanto odio, que he experimentado y experimento todavía, esa pasión tan próxima al homicidio, cuyo origen salvaje determina la fórmula de Nysten, ¿no sería aun hoy día de una enfermedad rara, o es que al contar lo que pasa en mi corazón, contaría también lo que pasa en el de muchos de mis semejantes? ¡Ah! todo escritor puede formularse esta pregunta al final de cada uno de los libros que escribe y ¿quién le contestará? He aquí la duda del oficio. Si un lector nos dijese después de leer una de nuestras páginas: «Nunca he sentido yo de ese modo...» ¿qué razones podríamos aducir para probarle que su sentir es falso en cuanto al alma humana y que el nuestro es el verdadero? Lo mejor es ser sincero y resignarse a desagradar a los que no piensan como pensamos. No procuraré, pues, saber si Nysten ha emitido su parecer respecto a todos los hombres, ni siquiera si, creyendo encontrar emociones parecidas a las mías en muchos de mis contemporáneos, soy la víctima de mi ictericia moral. No discutiré un punto de partida, que no puede ser desde luego tratado más que con mis colegas en sensibilidad doliente, y para no faltar a la cortesía que se debe al lector amigo, me contentaré con suplicarle que no pase adelante en la lectura de este libro, si no admite como verdadera, pidiéndole que disculpe la forma, la siguiente:

DEFINICIÓN

Existe cierto estado moral y físico durante el cual todo se desvanece en nuestro pensamiento y en

nuestros sentidos; ambición, deber, pasado, porvenir, costumbres y necesidades, pensando exclusivamente en cierto ser. Este estado es el que yo llamo amor.

Ruego a este mismo lector que considere como demostradas por su misma enunciación, las tres proposiciones siguientes:

I

Todo amante que busca otra cosa que amor, desde el interés hasta la amistad, no es amante.

II

El amor completo supone la posesión, como el valor supone el peligro. Un enamorado es respecto a un amante, lo que un soldado en tiempo de paz á otro en tiempo de guerra. No conocen su corazón.

III

Nadie es amante de una mujer, si ésta no le ama o bien le haya amado ya.

Sentado esto, nos encontramos más a gusto para entrar en materia al tratar el siguiente problema, que se impone como consecuencia de esos tres principios:

PROBLEMA

¿Puede todo hombre ser amante una vez en su vida?

Si se raciocina *a priori*, apoyándose en la idea de que la mujer es por excelencia el ser absurdo, ilógico, tan imposible de dirigir como de prever, debe contestarse que sí, y el observador superficial triunfará, pues enumerará multitud de casos de *favores* de amor, de que han disfrutado mancos, jorobados, cojos, tuertos, tontos y hombres muy repugnantes por su poco aseo. Existen algunos refranes alusivos a esto: «Siempre encuentra uno zapatos para su pie.» «Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe» y también anécdotas; entre otras, las de aquel chino que vivía en el *hotel de los grandes hombres*, plaza del Panteón. Cuando el gran diablo le atormentaba, como dice la gente del pueblo, aquel hijo del cielo subía en un ómnibus y cuéntase que no llegó nunca al final del trayecto que este vehículo recorría, sin que alguna curiosa le invitara a ir a su casa. Pero, con un poco de reflexión, es demasiado fácil conocer que estos variados casos no prueban otra cosa más que esta sencillísima verdad:

IV

Los hombres no son nunca buenos jueces respecto a las cualidades por las que uno de sus semejantes agrada o desagrade a las mujeres.

Los favores amorosos que reciben el manco, el jorobado, el cojo, el tuerto, el imbécil, el desaseado y el chino del cuento, demuestran que, ni lo esbelto del talle, ni el equilibrio de los brazos, de las piernas y de los ojos, ni el despejo de la inteligencia, ni la costumbre del baño cotidiano, ni la blancura del cutis, representan la cualidad necesaria para la seducción. Una anciana señora pronunció un día delante de mí una expresión muy gráfica respecto a esta cualidad. Nos hallábamos ella y yo en un mismo salón; cortejaba yo a una sobrina suya, y por aquello de: «Por la peana se adora al santo», sacrificaba algunos ratos para conversar con la anciana.

—¿Quién es este caballero que acaba de entrar?— me preguntó, indicándome una persona que en aquel instante traspasaba el umbral de la puerta.

Se lo nombré. La señora le estuvo mirando largo rato con sus quevedos, que manejaban de un modo impertinente sus manos, cubiertas con mitones, y me dijo con aire satisfecho:

—Debe ser un buen amante.

Algunos años hace de esto, y como no tenía yo entonces la experiencia de hoy, recuerdo el profundo disgusto con que miré a aquella anciana, porque interpreté sus palabras en un sentido completamente físico y esto me produjo cierta extrañeza, pues el hombre de que se trataba, robusto y bien formado, con cabellos rubios y tez algo pálida, no producía, sin embargo, la impresión de uno de esos fogosos pagadores de atrasos con que sueñan ciertas robustas mujeres, casadas con alfeñiques. Comprendí más tarde que la frase de aquella señora significaba otra cosa, y

esto sucedió cuando me apercibí de que aquel personaje, enamorado de una mujer, en extremo seductora, prodigaba para conquistarla tesoros de energía y de delicadeza, envolviéndola, aprisionándola en su red y venciendo a algunos rivales que le superaban en hermosura, en fortuna, en talento y en audacia. Era un *amante superior*. Veremos más tarde lo que conviene entender por estas palabras, y volviendo al problema presentado, diré que repasados todos mis recuerdos, he revuelto millares de notas escritas por mí en otros tiempos y mi conclusión es que los hombres, respecto a esa cualidad de amantes, se dividen en tres grandes clases: los que nunca serán amantes o los *excluidos*; los que lo son en cierta época de su vida, bajo la influencia de algunas circunstancias, pero nunca antes o después de que estas se presenten, o sean los *temporales*; los que lo son, lo han sido y lo serán siempre, o lo que es lo mismo, los *perpetuos*; a estos únicamente les corresponde el calificativo de amantes.

* * *

La monografía del excluido merecería para ella sola un tomo de grandes dimensiones; pero me contentaré solamente con indicar alguno de los motivos en virtud de los cuales un hombre pasa la vida sin llegar al completo incendio del corazón, que es a lo que se llama amor. Se puede ser excluido para siempre del número de los amantes:

1.º *Por timidez*.—Entiendo por esto, no ese bonito defecto que tanto gusta a las mujeres y que con-

siste en preguntar, como Tomás Diafoirus, latiendo mucho el corazón delante de una linda manita que maneja con gracia el abanico: «¿La besaré, papá?», sino aquella timidez casi salvaje, que no es ridícula, pero que produce un dolor agudo que paraliza las facultades todas. Rousseau parece haber pertenecido a esa clase de tímidos, como también la mayor parte de sus imitadores en el pecado de soltería que ha confesado; ese Rousseau, cuyos enemigos han pretendido, no sin cierta razón, que se había jactado de haber echado sus hijos a la inclusa, sin más objeto en esa jactancia que el de que se creyese que era capaz de tenerlos. Este tímido, sombrío y esquivo, es muchas veces un hombre que adora a las mujeres, y a quien su invencible timidez, separándole de unas, le precipita en degradante libertinaje con otras y se hace esclavo de algún bajo y fácil concubinato. La mayor parte de los *ancilares*, palabra tomada de la voz latina *ancilla*, que significa sierva, esclava, la mayor parte de los ancilares, repito, de aquellos de quienes la burguesía dice con envidioso desprecio que les gusta los bolsillos bien repletos, son excluidos por timidez.

2.º *Por schlèmylade* (torpeza). Esta es una palabra de origen hebreo, que merecería el derecho de introducción en nuestro idioma. Los judíos, cuyo espíritu eminentemente positivista lo analizan todo para su utilidad, han observado que existe en el mundo una especie de hombres que con mover el dedo meñique echan a perder el negocio mejor trabajado y a punto de resolverse. Llamam a estos hom-

bres *schlèmyls*. El *schlèmyl* no es precisamente el «sin suerte»; puede haber nacido rico y observarse que no le daña su torpeza en nada. No es tampoco el embúster, porque para éste sucede algunas veces que la mentira es un medio de éxito. Un ejemplo hará comprender mejor a mis lectores la flexibilidad que de esta palabra, abraza todas las torpezas y derrotas de ésta vida. Uno de mis compañeros de colegio, a quien debo este conocimiento del caló semítico, estaba atacado de un reuma articular que llegó más tarde al corazón y le produjo por fin la muerte. Después de largos años de un trabajo asiduo, su padre, habiendo realizado una fortuna más que regular, compró un hotel, tierras, una preciosa casa de campo y un título: «—Vaya, papá»—decía mi querido Samuel a aquel anciano de quien era hijo único—, «¡si me muero, vaya una *schlèmylade!*...» ¿Quién no ha conocido, pues, el *schlèmyl* en amor? ¿Quién no lo ha sido durante una hora? ¿Quién no ha encontrado diez años más tarde a una mujer que se deseaba con pasión en otro tiempo y que os dice con una maliciosa sonrisa: «—¡Ah! tal día, ¿os acordáis, ¡Si os hubierais atrevido!...» Hay personas para quienes la *schlèmylade* galante es una costumbre; esto son los que escogen, para hacer inducir a una mujer, el día en que ésta padece de una gran jaqueca; los que intentan hacerle una caricia el mismo día en que ha ido a casa del dentista y conserva todavía en su linda boca el mal olor del ácido fénico o de la creosota; los que en el campo, para buscar la ocasión de declararse, la llevan por caminos pedregosos y aislados el día en que estrena botas que le hacen daño. Estos son al-

gunos de esos miles de detalles que *schlèmyl* no sabe adivinar, a los que añade una sonrisa inconsciente, que acaba por volver furiosa a la mujer mejor dispuesta. Y nuestro hombre se queda con la boca abierta ante una helada acogida, cuando se figuraba ver la más graciosa expresión de afecto.

3.º *Por quijotismo*.—Este caso es más complicado. Se encuentra en el mundo una legión de hombres de una extremada delicadeza, con frecuencia muy inteligentes, que no tienen más que una enfermedad de espíritu; pero que es incurable, la de tomar por lo serio todas las mistificaciones del falso pudor. Estos hombres no creerán nunca que una mujer, a quien ellos ven a las cinco de la tarde ofrecerles una taza de té, con su perfil de madona, sus grandes ojos cándidos y encogida como la sensitiva cuando se dice alguna palabra equívoca delante de ella, haya podido montar en coche aquel mismo día, entrar en un almacén, salir por otra puerta, tomar otro coche, penetrar en un cuarto amueblado y entregarse allí a ese *sport* tan delicioso como inconveniente, del que una fina marquesita decía a un novelista indiscreto que la preguntaba: —¿Qué pensáis del amor? —Le rindo prácticamente todo el culto que puedo, caballero, sin hablar de él jamás.

«¡La señora de Tal, tener un amante! os dice el quijote. ¡Imposible, no la habéis mirado bien! Mas como sois, por ejemplo, amigo íntimo del amante que os dice con fatuidad, hablando de ella: «¡Ah, querido! no hay como las mujeres de la alta sociedad para...» miráis al quijote con cierta curiosidad y reconocéis

en el instante al hombre que más estiman las mujeres, a aquel de quien se hacen acompañar en coche, al lado del cual lloran, sin darles más explicación que esta: «—Es nervioso, amigo mío, dejadme un momento, esto se irá pasando»; con los que están en correspondencia, que hacen sus encargos y de los que dicen: «Este sí que sabe lo que somos las mujeres». Pero mientras tanto, tienen escondido en el corsé una esquelita en la que le da una cita su Don Juan, que con frecuencia no es otra cosa más que un estúpido. Solamente que éste sabe que los trajes de las mujeres galantes están hechos para... agradar a los hombres, y que esta es una verdad que el quijote ignorará hasta los setenta años, lo mismo que lo ha ignorado a los veinte. El quijotismo es de todas edades y el platonismo a que las mujeres relegan a los hombres que les consagran semejante culto, prueba la tan extraña como indiscutible afirmación, de que estas poéticas personas no desprecian nada tanto en el mundo como el respeto que se las tiene.

4.º *Por hermosura.*—Todos hemos conocido y conocemos algunos de esos jóvenes demasiado lindos, estirados, charolados, que se miran en todos los espejos sonriéndose, que toman posturas al respirar y que constantemente, y sin darse cuenta de ello, contemplan sus manos, se recrean en sus nacaradas uñas y miran con frecuencia la punta de sus botas o el corte de su pantalón. Nuestros antepasados, que hablaban con libertad y eran menos observadores que francos, los llamaban «espejos de damiselas»; pero la palabra con que debe calificárseles es algo

más fuerte. Cuando veis a uno de estos bonitos muchachos, podéis apostar nueve veces por diez, con seguridad de no perder, que si es «el amante de Amanda», como decía la estúpida canción, que tanto gustaba antaño, es por el dinero y que vivirá siempre sin que se le ame por sí mismo. Si un hombre que posee esa hermosura se casa, su mujer le engañará ciertamente con cualquiera, aunque fuera con el chino, cuya anécdota he referido antes. ¿Cómo y por qué una fisonomía demasiado bonita e inexpresiva en el hombre horroriza a la mujer? Aun cuando me sirva del escalpelo y del microscopio, no puedo llegar a descubrir la fibra de antipatía que me explique este fenómeno. Tal vez sea porque la produzca repugnancia encontrar en nuestro sexo la falta especial del suyo, esa tontería de la muñeca que da vuelta en el escaparate del peluquero que acaba de peinarla y de acicalarla. Se dirá que el *fatuo* gusta a las mujeres; pero éste es muy diferente del *Narciso*. Aquél se envanece de las conquistas que haya hecho, siempre fáciles para él, éste no está enamorado más que de sí mismo, sucediendo muchas veces que el *Narciso* es un tonto de marca mayor, y tan preocupado con su hermosura, que, descuidando la observación del efecto que produce, comete torpezas y más torpezas. Sea ello lo que fuere, puede decirse que éste es el más excluido de todos y el que lo es con más ironía, porque cada cual dirá con gusto de él lo que Figaro dice de Querubín: «¡Si a éste le faltan mujeres!»

5.º *Por jealdad.*—Esto no necesita comentarios. Hará unos cuarenta años que un escritor de mucho

ingenio, G. F., era el amante de una mujer muy linda, literata de las de más talento y de las más... ligeras de la época. Un académico anciano, pero apasionado, la galanteaba, y F. pidió a su querida que le dejase asistir a una de las declaraciones de aquel que procuraba transformar su sillón en canapé. La muy ladina, que no tenía escrúpulos, ocultó una noche a su amante y a un poeta amigo suyo detrás de una cortina, como en el teatro. El académico llega y el galanteo empieza, un galanteo anhelante, angustioso, melancólico. Agotada ya su elocuencia, el anciano se arrodilla y dice sollozando: «—Pero ya lo véis, soy tan feo, que aun cuando publicase vuestro amor no se me creería.» Al oír esto F., exclamó con su voz de brigadier de dragones: «—Vámonos, amigo mío, porque este viejo es por demás repugnante...», y ambos jóvenes pasaron con aire indignado por delante del pobre don Juan de la Academia, quien se asustó de aquella perfidia femenina. Si esta anécdota es verdadera, aunque basta que se haya publicado para que se considere como falsa, prueba hasta qué punto la naturaleza, tan pródiga con él en otros dones, había negado a F. el sentido psicológico que despierta en nosotros la conmiseración ante ciertos desgraciados. La palabra del anciano era admirable, era el hombre bajo la influencia de la pasión, confesando su fealdad y procurando utilizar el sentimiento o pesar que de ella tenía y que había sido el suplicio de toda su vida. Existe, en efecto, una fealdad que mata el amor, y los que la poseen lo saben desde el principio de su adolescencia. Esta es la fealdad producida por la naturaleza desgraciada e insana, que nos hace torpes y dé-

biles, pobres y envejecidos antes de la edad. Si sois jorobado, pero tenéis hermosa dentadura, os amarán tal vez; si sois tuerto y poseéis un agradable mirar, si sois cojo y sonreís con gracia, si no cuidáis del aseo de vuestro cuerpo, pero presentáis una musculatura hercúlea, aunque seáis, en fin, un monstruo, no faltará buscona que os desee; mas si vuestro espejo os revela por la mañana en vuestra cara y en todo vuestro cuerpo *la fealdad común a todo él*, no esperéis la experiencia para seguir el consejo que la cortesana de Venecia dió a Jean Jacques Rousseau: *Lascia le donne e studia la mathematica.*

6.º *Por profesión.*—He conocido en un hospital de mujeres a un médico que tenía la manía de la estadística y se aplicaba, entre otras curiosidades, a formar la lista de los desfloradores. No dejaba nunca de preguntar a todas las infelices que cuidaba: «—¿Qué profesión tenía vuestro primer amante?», y de radical que era antes, se ha vuelto reaccionario furioso, porque este modo de proceder le ha revelado que los desfloradores pertenecen todos a la clase obrera. La profesión que arroja más número de éstos es, cosa extraña, la de los albañiles, unos cincuenta por ciento, luego los criados y otros oficios. Hay cierta lógica en estas cifras, porque el albañil es un hombre a quien es probable no se vuelva a ver. El criado es el que está en la casa, y vecino de la pobre muchacha, allá arriba en las guardillas; pero el burgués ignora lo que es la virginidad de una joven del pueblo. Uno de los discípulos del médico de que estamos hablando procuró, hace algún tiempo, con datos desgracia-

damente incompletos, formar un estado de las profesiones con relación al amor. Los resultados que obtuvo, por más que no sean más que aproximados, no dejan de indicar cierta filosofía social, y esto vale la pena de consignar aquí algunos de ellos. Helos aquí:

Magistrados (jueces, procuradores, notarios, etc.)...	5 por	100	
Médicos.....	10 por	100	
Dedicados a la enseñanza.....	} Maestros de escuela	25 por 100	
		Catedráticos.....	5 por 100
Militares....	} Oficiales, hasta capitán..	90 por 100	
		Más arriba de capitán...	5 por 100
Pintores.....		80 por 100	
Escultores.....		50 por 100	
Músicos.....		10 por 100	
Arquitectos.....		50 por 100	
Actores.....	} Trágicos.....	60 por 100	
		Tenores.....	60 por 100
		Cómicos.....	99 por 100
Comerciantes.....	} Dependientes.....	90 por 100	
		Dependientes mayores...	20 por 100
		Principales.....	5 por 100
Literatos....	} Periodistas.....	50 por 100	
		Autores dramáticos.....	10 por 100
		Novelistas.....	15 por 100
		Poetas.....	30 por 100
	Académicos.....	1 por 100	
Agentes de cambio.....		2 por 100	
Banqueros.....		2 por 100	
Jefes de Estado, reyes, presidentes, ministros, etc., etc.....		1 por 10.000	

Sería menester formar, a más de éste, un estado comprensivo de los hombres que más mujeres han poseído, y se vería que las profesiones más rebeldes al amor desinteresado, son a la inversa las más propicias al otro amor. Es probable, por ejemplo, que los banqueros y los médicos sean los que más aventuras hayan tenido. Pero la mujer de mundo que accede a las pretensiones del riquísimo Salomón N., porque tiene una fuerte cuenta que pagar, o la que se entrega a su médico porque es audaz, discreto hábil y porque le necesita para dirigir su vida conyugal, ceden ambas a un sentimiento que será lo que se quiera, pero ni remotamente se parece al amor. Añadiré que el estado anterior, admitiéndolo como verdadero en su mitad, lleva consigo una consoladora enseñanza. Prueba, en efecto, que el hombre es tanto más amado, cuanto menos alta es su posición social. Vosotros, magistrados y catedráticos, habéis querido la respetabilidad, la seguridad de la vida en lo porvenir, el derecho de censurar, de regentar, de juzgar, de condenar o de absolver, lo tenéis; pero no el amor. Vosotros, hombres de negocios, habéis deseado una gran fortuna, la satisfacción que dan diez millones y todo el lujo que ellos pueden ofrecer, disfrutáis de todo eso; mas no del amor. Vosotros, los ambiciosos, anhelabais el poder, lo habéis alcanzado; pero no el amor. Vosotros, escritores, habéis suspirado por conseguir popularidad y nombradía; pero no os apercibís de que vuestra amada, al acostarse, lo hace para dormir con vuestra fama o vuestra influencia, mientras que el pobre noticiero anónimo, que no gana más que doscientas pesetas en el

periódico *El Conservador*, es amado por sí mismo, como lo es el pintor, el oficial y el dependiente de comercio; ninguno de éstos tiene el bolsillo repleto, su porvenir es problemático; pero son jóvenes, sin cuidado alguno y la gran cosa para ellos es el amor, como para ese académico a que se refiere la estadística de que nos ocupamos, único entre los cuarenta individuos de que se compone la Academia. Y esto es hoy. Hace setenta años, ese académico era nada menos que el primer escritor de su siglo, el misterioso y apasionado Chateaubriand, que dejaba a su mujer, a su hermosa finca llamada l'Abbaye-au-Bois, a madame Recanicer, a las *Memorias de ultra tumba*, y a todas sus ocupaciones, para irse a un pequeño restaurant, cerca del Jardín de Plantas, a oír canciones de Beranjer a una mujer amable, que contó más tarde lo que pasaba en estos almuerzos, añadiendo: «El culto que él prodiga el resto del día a dos ancianas, es para mí una garantía de su fidelidad.» Dejemos a un lado al actor cómico, al que figura como triunfante en el estado preinserto, porque sin duda es magnetizador o tiene un poder sobrenatural. Aún me parece oír a una mujer inglesa, blanca como la azucena y esbelta como ella, cuando en la primera representación del *Luthier de Crémone*, después de aplaudir a Coquelín, hasta el extremo de romper sus guantes, me decía con una sonrisa ideal y una mirada soñadora: «—Si supierais lo que sufro siempre que representa un personaje que da ocasión a que se rían de él...»

7.º *Por escrúpulo*.—Sin embargo de que parezca raro, fenomenal, a los ojos de un hijo de este siglo, la existencia de hombres que permanecen castos para obedecer los preceptos religiosos, es indudable que se encuentren algunos en nuestros tiempos, particularmente en provincias. Este tipo, que, como indicamos, se halla entre los buenos creyentes, es, por lo regular, un muchacho de naturaleza fuerte, atormentado por su temperamento, y que a los veinticinco años está calvo, y aunque muy colorado su rostro y congestionado, se halla gastado y cansado su espíritu por la tentación. Se casa, y si, por casualidad, su mujer enferma o se muere, la cara del infeliz marido se congestiona de nuevo; mas permanece fiel a su esposa enferma o muerta. Ingresa en la política, y es un agente electoral superior. Antaño hubiera sido un héroe de las Cruzadas o de las guerras de religión, un caballero de Malta, como el que el Giorgone pintó y se conserva en el museo de Milán, llamado *Uffizi*, dando vuelta entre sus dedos a un rosario negro, con una expresión de fe profunda y de pasiones vencidas. Las pasiones contrariadas alimentan el sentimiento, la carne dominada ensancha el alma; pero ¿cuántos se someten hoy a esta gran ley de la vida moral?

8.º *Por frialdad*.—Este caso, si bien es mas raro de lo que se cree, no deja, sin embargo, de presentarse con alguna frecuencia. El hombre *frio*, como vulgarmente se dice, no ofrece ninguna señal que dé a conocer su *frialdad*. Tiene, según se observa en muchos, músculos de acero, barba poblada, hombros

de mozo de cuerda, una voz campanuda y la serena calma de un niño de dos años. Conoce bien su condición y pone gran cuidado en disimularla. Beyle ha escrito *Armance*, inspirándose en una trágica historia nacida al calor del constante prurito en alguien de ocultar a todo trance la desdichada falta de que hablamos, y yo he conocido a varios individuos que sostenían a algunas mujeres impúdicas, muy notadas, para que se creyese en su virilidad. No falta quien adopte un niño, queriendo con ello dar a entender que cohonesto de tal modo el tener consigo a un hijo, de cuyos labios no puede públicamente oír el calificativo de padre. Otros se casan y recurren, para aplicárselo a sus mujeres, a las más ingeniosas preparaciones de la farmacopea moderna con el fin de evitar el *cumplir con su deber*, según la frase consagrada para expresar las obligaciones conyugales. Un gran músico, que es también poeta de talento claro y sutil, hacía el amor a la mujer de uno de estos hombres. Una noche estaba con ambos en el teatro, en un palco algo obscuro, para oír un concierto; la orquesta ejecutaba fragmentos del último acto de *Tristán e Iseult*; y esta ardiente música exaltó a los dos amantes, cuyo amor no había pasado todavía del platonismo. Sus pies se buscan, sus rodillas se tocan, sus miradas se cruzan y el enamorado no se aperci-be de su imprudencia hasta el momento de marcharse. Había calentado el horno, como se dice vulgarmente, para que otro cociera en él su pan. El futuro amante fué acometido de uno de esos cómicos accesos de celos contra el esposo legítimo, tipo tan bien analizado por Feydeau en *Fanny*, y sus faccio-

nes expresaban tal dureza al ayudar a su amada a ponerse el abrigo, que ésta le preguntó hablándole de tú, hay mujeres que adoran el tuteo antes de...

—¿Qué tienes, amor mío?

—¿Qué tengo?—dijo bruscamente, señalando hacia el marido, cuya silueta aparecía en el umbral de la puerta poniéndose el gabán—. Este es el que me hace daño...

—¡E! —replicó la mujer con la más adorable sonrisa.—¡Ya me dará bromuro también esta noche!...

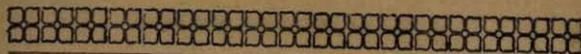
* * *

Como la enumeración de todos los comprendidos en la categoría de *excluidos* no acabaría nunca, nos contentaremos con decir que si queréis, lectores míos, tomaros el trabajo de examinar con atención los individuos que os rodean, hallaréis muchos que pertenecen a alguna de las ocho clases que acabamos de detallar, y confesaréis conmigo que el número de los civilizados excluidos del amor es incalculable. Este examen os facilitará también la inteligencia de algunos fenómenos sociales, incomprensibles sin este análisis: por ejemplo, la extraordinaria ligereza con que la mayor parte de los hombres juzgan a las mujeres; sus rastreros celos con todos aquellos a quienes ellas distinguen; la ridícula importancia que dan a la más mínima cosa que se asemeje a una amorosa aventura; la ferocidad de su desprecio o más bien, de su rencor contra las enamoradas; la profunda alegría que sienten al mezclarse en las intrigas galantes para destruirlas; la dicha que les em-

barga cuando se aperciben de que una mujer bonita empieza a envejecer y el gozo con que exclaman: «Es claro, los años producen su efecto»; la baja de sus placeres, que basta por sí sola, en sus groseras manifestaciones, para dar a entender cuán pocos delicados son los recuerdos que ocupan su alma; el exceso de indignación que despliegan contra el amante que ha pedido auxilios metálicos a su querida, cosa que si sucede, según la general creencia, en los casamientos ricos, constituye una de las muchas hipocresías de nuestra honrada sociedad, y una porción, en fin, de circunstancias de análoga índole, que dimanar todas de esta ley general:

V

El hombre que nunca ha sido amado o no lo es ya, vive en un estado constante de ira contra todos los amantes.



MEDITACIÓN III

EL VERDADERO V EL FICTICIO AMANTE

Entre la multitud de los excluidos del amor y el pequeño grupo de los verdaderos amantes, hallamos la legión de los que yo califico de *temporeros*, a quienes se les puede llamar con más propiedad y sencillez *los amantes ficticios*. Gran número de éstos se encuentran entre los agregados de Embajadas, los secretarios de las mismas y los jóvenes que, recién concluida la carrera, ingresan en el Círculo. Abundan también, bajando algunos grados la escala social, entre los horteras y los estudiantes. El ficticio amante tiene, por lo regular, de veinticinco a treinta y cinco años; es guapo y muy correcto en el vestir. Toda su persona exhala ese no sé qué indefinible, que se indica, aunque vagamente, con la palabra *gentil*. Las mujeres le califican también de distinguido. Durante algunos años, sus relaciones con ellas son de esas que tan gráficamente caracterizaba delante de mí un burgués con quien estuve un día conversando en el tren. «He dicho a mi hijo: diviértete, muchacho, esto es propio de tu edad; pero economiza la salud y que el sentimiento tome siempre alguna